

La partitura de la reina

LUIS ANTONIO MUÑOZ

La partitura de la reina

Bárbara de Braganza y la música

la esfera  de los libros

Primera edición: septiembre de 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Luis Antonio Muñoz Martínez, 2024

© La Esfera de los Libros, S.L., 2024

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 443 50 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-876-1

Depósito legal: M. 14.235-2024

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S.L.

Impresión y encuadernación: Anzos

Impreso en España-*Printed in Spain*

*A mi padre, por enseñarme el valor de la coherencia.
A mi madre, por escribir mi partitura.
Y a mis hermanos, siempre.*

Cómo leer y escuchar este libro

Me hace mucha ilusión decirte que lo que tienes en tus manos es el resultado de un proceso de descubrimiento que ha resultado fascinante para mí desde que comencé a documentarme sobre la figura de Bárbara de Braganza. Al trabajar sobre el personaje y el contexto histórico, fui dándome cuenta de que el desconocimiento acerca de algunos datos de su biografía es notable. Imprecisiones y errores que he podido corroborar en documentos antiguos, algún que otro artículo científico, e incluso en algún que otro museo importante tanto en España como en Portugal. Un periodo de la historia de España que resulta especialmente oscuro en comparación con los reinados posteriores a Carlos III. Las razones de este proceso poseen una cierta lógica. La primera es que, en este periodo, este país se mantuvo neutral frente al escenario de los conflictos bélicos de Europa Central, algo que, lejos de ser algo bueno, fue visto y utilizado como un síntoma de debilidad política. La segunda razón se acerca más a lo personal, ya que tanto Bárbara como Fernando fueron anulados de nuestra historia por la prolongación en el tiempo de la influencia de Isabel de Farnesio. Especialmente por el maltrato sufrido por Bárbara en su condición de reina «extranjera», al que hay que sumar el juicio póstumo a su fealdad, su gordura y su tacañería, argumentos más que discutibles por injustos e inexactos.

En mi opinión, el verdadero ostracismo de Bárbara surge de su incapacidad (o la de Fernando, no lo olvidemos) para dar un heredero

a la Corona de España. Esta limitación, tan mal tratada por la medicina de la época, fue nefasta para la imagen de los reyes y disparó la línea sucesoria de Isabel de Farnesio. Isabel tenía sus motivos como reina y como madre para rechazar a Fernando y a Bárbara con todas sus argucias y anteponer su prole antes que la de otras que la precedieron. Reconozco que me haría muy feliz que este libro sirviera para reivindicar la importancia de esta reina, que como mujer pasó casi desapercibida en la historia de Portugal y que fue injustamente repudiada en España. También me encantaría poder contribuir de alguna manera al descubrimiento de alguna de sus composiciones, lo que se convertiría en el hallazgo de un pequeño tesoro del patrimonio musical español por su interés musicológico.

La lectura de esta novela se basa en tres planos. Por un lado, el último viaje que Bárbara de Braganza realiza a la ciudad de Aranjuez para enfrentarse con su muerte y en el que va departiendo con varios personajes como su lector de libros de filosofía e historia, Blas Carruez y su maestro de música, Domenico Scarlatti. El segundo plano es el de la propia biografía de la reina y de los hechos que rodearon toda su vida, desde su nacimiento, su periodo de apogeo y su fase de decadencia junto a Fernando VI. Una biografía que se despliega a través de sus recuerdos y sus conversaciones mediante la correspondencia que mantuvo con sus padres. Y la tercera línea es la que forman una serie de sueños que aparecen narrados desde una perspectiva «jungiana», mostrando arquetipos y símbolos en un espacio atemporal. En este pequeño universo, su lectura invita a los lectores para que puedan dejar volar su imaginación buscando nexos, significados y referencias con la narración de la vida real de la reina Bárbara o sus personajes.

Pero sobre todo esta es una novela sobre el valor del arte y de la música, que en la biografía histórica de Bárbara es, simplemente, esencial. No en vano, serán tres músicos Farinelli, Scarlatti y Porretti los que van a recibir en diferentes formas y cantidades parte del testamento de la reina. Y precisamente por ser esta una novela histórica en la que la música posee esa relevancia, he creado una lista de reproducción en la que es posible escuchar los diferentes ejemplos que aparecen citados en el texto. Pretendo facilitar al lector la ilustración sonora de su lectura para que, si así lo desea, pueda crear su propio mapa emocional. En los anteriores libros, *Historia oculta de la música*

y *Homo musicalis*, utilizaba un signo y una nota a pie de página para señalar la audición recomendada. En este caso y para no distraer el discurso de la lectura, lo haré incorporando al lado de cada obra citada un asterisco.*

La lista de las músicas se encuentra publicada con el título de «La partitura de la reina» en el canal de YouTube:

HistoriaOcultadelaMúsica.

Y aquí puedes acceder a ella mediante este código QR:



Lista de personajes

A continuación ofrezco una semblanza de personajes para hacer más accesible la lectura de la novela a los lectores. Algunos de ellos poseen una relación directa con la narración, otros, de carácter secundario, aparecen para entender mejor el contexto económico y social en que se desenvuelven los hechos narrados.

BÁRBARA DE BRAGANZA (1711-1758): fue una infanta portuguesa, hija de João V de Portugal y María Ana de Austria. Bárbara contrajo matrimonio en 1729 en la ciudad de Badajoz con el entonces príncipe de Asturias, Fernando VI. No tuvo hijos. La música fue para la reina una forma de escape de sus preocupaciones diarias, una expresión íntima de sus sentimientos más personales. Pero también resultaría un recurso esencial en su educación y en su capacidad de relación social, tanto como mujer, como infanta y futura reina de España. Clavecinista de notables recursos técnicos y expresivos, Bárbara de Braganza habría inspirado la creación de la mayor parte de las sonatas de Scarlatti, fascinante microcosmos de los universos musicales ibéricos e internacionales que la rodearon. Los relatos de la época hacen referencia a sus dotes de compositora, a su destreza en la danza y a su vasta cultura, así como a sus valiosas colecciones de instrumentos de tecla (claves y fortepianos), de libros, partituras y libretos, todos ellos heredados por Farinelli.

- DOMENICO SCARLATTI (1685-1757): compositor napolitano que fue organista de la Real Capilla de Nápoles y maestro de Capilla de San Pedro de Roma. A la edad de treinta y cinco años fue contratado por João V de Portugal como profesor para sus hijas. En 1728 regresa a Roma, donde contrae matrimonio con Catalina Gentili, de la que tendrá cinco hijos. Cuando Bárbara de Braganza contrae matrimonio con Fernando VI, Domenico permanecerá como su profesor en la corte española hasta el final de sus días. Su fama le viene por las casi seiscientas sonatas de su autoría que se conservan gracias a su más insigne alumna.
- FERNANDO VI (1713-1759): llamado «el Prudente» o «el Justo», fue rey de España desde 1746 hasta su muerte. Fue el tercer hijo de Felipe V y de su primera esposa María Luisa Gabriela de Saboya. Se casó en la catedral de San Juan Bautista de Badajoz con Bárbara de Braganza en 1729.
- FELIPE V (1683-1746): rey de España, fue el primer monarca de la dinastía Borbón en España. Su acceso al trono español, al morir Carlos II sin descendencia, provocó la guerra de Sucesión, que terminó con la Paz de Utrecht en 1713, confirmándolo en el trono. Contrajo matrimonio en primeras nupcias con María Luisa de Saboya, y en segundas, con Isabel de Farnesio. En lo económico impuso bases proteccionistas; en lo político, consiguió para el infante don Carlos: Toscana, Parma y Plasencia; en lo cultural, bajo su reinado se crearon la Real Academia Española y la Real Academia de la Historia. Fue padre de tres reyes de España: Luis I, Fernando VI y Carlos III.
- ISABEL DE FARNESIO (1692-1766): reina consorte de España como segunda esposa de Felipe V, fue una aristócrata italiana y madre de Carlos III. A la muerte de María Luisa de Saboya, su antecesora en el trono español, contrajo matrimonio con el rey viudo, sobre quien tuvo gran influencia. De este matrimonio nacieron siete hijos, el mayor de los cuales reinó en España a la muerte de Fernando VI con el nombre de Carlos III. Mujer ambiciosa y de gran carácter, expulsó del país a la princesa de los Ursinos, e intrigó hasta conseguir todos sus propósitos. A la muerte de Felipe V, fue exiliada por Fernando VI al Real Sitio de La Granja de San Ildefonso por difamar a la reina Bárbara de Braganza, su nuera.

ANA MARÍA DE LA TRÉMOILLE (1642-1722): viuda del príncipe de Orsini (de ahí princesa de los Ursinos). Al morir su esposo, fue recomendada por la corte francesa como camarista de la reina María Luisa Gabriela de España, con la que vivió una dilatada y profunda amistad, así como con su esposo, Felipe V. Personaje intrigante, sagaz, inteligente y de calado político, fue muy querida por los reyes de España y aborrecida por los españoles por ese mismo ascendente sobre sus soberanos.

CARLO BROSCHI, Farinelli (1705-1782): fue un cantante napolitano que fue castrado para preservar su voz. Pronto se hizo famoso en Italia, cantando en Roma, en Milán y en Venecia. Pasó unos años en la corte británica y también en la francesa, hasta que su fama creciente llegó a oídos de Isabel de Farnesio, que lo llamó a la corte española, en donde fue contratado. A la muerte de Felipe V, Fernando VI y Bárbara de Braganza lo mantuvieron a su servicio, nombrándolo director de teatros y festejos. Estaba entre los integrantes de su círculo más íntimo.

JOÃO V (1689-1750): rey de Portugal. Padre de Bárbara de Braganza. Llamado «el Rey Sol» portugués por la magnificencia de su reinado y por su inclinación a todo lo francés. Conocido también como «el Magnánimo» y como «O Freirático» por su afición a las monjas, con quienes tuvo hijos bastardos al margen de su matrimonio con María Ana Josefa de Austria. Su reinado se basó en la riqueza extraída de las minas de plata y oro del Brasil. Es el patrocinador del monasterio palacio de Mafra, que se empezó a construir en virtud de una promesa del rey tras el nacimiento de Bárbara de Braganza.

MARÍA ANA JOSEFA DE AUSTRIA (1683-1754): reina de Portugal y esposa de João V. Era hija del emperador Leopoldo I. Tuvo cinco hijos con el rey. Su primogénita Bárbara de Braganza se casó con el heredero a la Corona de España, Fernando VI. Era una mujer culta y hábil en la política y, motivada por la enfermedad de su marido, se vio obligada a asumir la regencia en dos ocasiones. Tuvo que soportar las infidelidades del rey.

MARÍA LUISA GABRIELA DE SABOYA (1688-1714): hija del rey de Cerdeña, Amadeo II. Se casó a los trece años con Felipe V de España. Fue madre de dos reyes, Luis I y Fernando VI de España.

Mujer inteligente y decidida, ayudó a su esposo en la guerra de Sucesión española. Murió a los cuatro meses de nacer Fernando VI, dejando a Felipe V sumido en la tristeza y también a sus súbditos españoles, por quienes fue querida.

LUIS ANTONIO DE BORBÓN Y FARNESIO (1727-1785): fue infante de España, sexto hijo de Felipe V y de su segunda esposa, Isabel de Farnesio, duquesa de Parma. Ejerció la carrera eclesiástica y fue cardenal arzobispo de Toledo y primado de España (1735) y arzobispo de Sevilla (1741). Abandonó el estado eclesiástico en 1754, convirtiéndose en 1761 en el XIII conde de Chinchón. Fue un importante mecenas que apoyó a pintores como Francisco de Goya y Luis Paret, y al músico Luigi Boccherini.

JEAN RANC (1674-1735): pintor de cámara. Retratista barroco. Trabajó en las cortes de Luis XV y de Felipe V. Falleció meses después del incendio del Palacio Real de Madrid, que se inició en sus habitaciones.

LOUISE MICHEL VAN LOO (1707-1771): pintor francés contratado por el rey Felipe V para suceder a Ranc como pintor de cámara de la corte española. Fue el primer director de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Como pintor fue un experto en el retrato psicológico y en situar a las personas en escenarios proporcionados a su relevancia social.

DOMINGO CAPECELATRO (finales del siglo xvii): de origen italiano, fue nombrado por Felipe V embajador extraordinario cerca del rey de Portugal en 1716. Tomó parte en las negociaciones que condujeron a los matrimonios hispano-portugueses de 1729 y tuvo que hacer frente a importantes gastos. Como compensación se le concedió una plaza en el Consejo de Indias. Con motivo de un grave incidente que enfrentó al embajador portugués en Madrid y al gobierno español (20 de febrero de 1735), los dos diplomáticos tuvieron que retirarse, cruzándose en la frontera el 11 de abril. Al cabo de varios meses de negociaciones bajo la mediación de Francia, un convenio restableció las relaciones entre ambos reinos (15 de mayo de 1737).

RODRIGO ANES DE SÁ ALMEIDA E MENEZES (1676-1733): el marqués de Abrantes disfrutó de una importante proyección internacional en la primera mitad del siglo xviii, al servicio del

rey Pedro II y al de su hijo Juan V. Fue un actor importante en el intercambio de las princesas en 1729.

BLAS CARRUEZ (mediados del siglo XVIII): consejero de Fernando VI y secretario honorario del Consejo Real. Cuando la agenda de los reyes lo permitía, dedicaba parte de su tiempo a leer con la reina Bárbara obras importantes y comentarlas con total libertad. La reina le dejó en su testamento treinta mil reales de vellón en dinero por haberle servido: «Muy a satisfacción, leiéndome mis libros devotos, espirituales y históricos».

JOSEFA Y FRANCISCA GAMA (mediados del siglo XVIII): hermanas y camaristas de confianza de la reina Bárbara. No es posible recoger muchos datos sobre ellas, pero por la documentación sabemos que eran portuguesas y que la acompañaron desde su llegada a España con motivo del intercambio de las princesas. Pese a no ser tan conocidas como las nobles que estaban al servicio de Bárbara, podemos llegar a pensar que Josefa y su hermana eran muy queridas por la reina. Confiaba en ellas plenamente como demuestra que en su testamento les dejó a ambas una cantidad de tres mil doblones, mayor incluso que la del propio Scarlatti. Algo parecido a lo que hizo con María Ventura. Además, le pidió al rey Fernando garantías para que en caso de que ambas quisieran entrar a un convento o volver a Portugal, la Corona les ofreciera todo lo necesario.

LISTA DE PERSONAJES SECUNDARIOS

LUIS I DE BORBÓN (1707-1724): rey de España. Hijo mayor de Felipe V y de su primera esposa, María Luisa de Saboya. Cuando tenía dieciséis años, su padre abdicó en él. Acababa de cumplir los diecisiete años cuando murió. Se dice que fue uno de los hijos más queridos del rey Felipe V. Aunque estaba casado con la princesa francesa Luisa Isabel de Orleans, no tuvieron descendencia, por lo que a su muerte su padre volvió a reinar. La reina viuda, de catorce años, fue devuelta a Francia.

MARIANA VICTORIA DE BORBÓN (1718-1781): infanta de España. Hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio, fue desposada a la edad de cuatro años con Luis XV de Francia, quien la devolvió a la

corte española por la necesidad de asegurar su descendencia. Posteriormente fue desposada con José I, heredero de la Corona portuguesa. Por su casamiento fue reina de Portugal y del Brasil.

FRANCISCO RÁVAGO (1685-1763): jesuita, confesor real de Fernando VI desde 1747 hasta su destitución en 1755. Defensor de las reducciones jesuíticas en Paraguay. Amigo del marqués de la Ensenada, tuvo que dejar su cargo a la caída del ministro.

JOSÉ DE CARVAJAL Y LÁNCASTER (1698-1754): político español, ministro de Fernando VI. Tímido y reservado, profundo trabajador, se dice de él que salía de su despacho de madrugada. Fue secretario de Estado desde 1746 hasta su muerte y también presidente de la Junta de Comercio y del Consejo de Indias. Amigo de Francisco Rávago, su nombramiento fue parejo al del jesuita como nuevo confesor real. Entre las dos potencias europeas, Inglaterra y Francia, Carvajal se inclinó hacia la primera, si bien, en aquel momento en que los dos países se disputaban la alianza española, fue un defensor a ultranza de la neutralidad. A su muerte, le sucedió en el cargo el duque de Huéscar.

JOSÉ PATIÑO (1666-1736): político de gran talento nacido en Milán que, en el reinado de Felipe V, llegó a ser presidente del Tribunal de Contratación, intendente general de la Armada Española, ministro de Hacienda, Indias, Marina y Guerra e incluso primer ministro. Fundó la Academia Naval, construyó arsenales como los de El Ferrol y Cartagena y barcos que consiguieron victorias como la de Orán o la que en 1734 instaló al infante don Carlos en el trono de Nápoles.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO (1676-1764): polígrafo español nacido en Casdemiro (Orense) que profesó en la orden de San Benito y estudió en Salamanca. En su vasta actividad literaria, fruto de una marcada inteligencia, profundiza en campos diversos como la astronomía, la teología, la medicina, las matemáticas o las ciencias sociales. Nombrado por Fernando VI consejero personal a pesar de su espíritu crítico e independiente. Escribió obras enciclopédicas como el *Teatro Crítico Universal* o las *Cartas Eruditas*. Se le ha llamado el Voltaire español.

RICARDO WALL (1694-1777): militar, embajador y ministro de Fernando VI, de origen irlandés. Trabajó amistad con Fernando de Silva y Álvarez de Toledo, duque de Huéscar (a partir de 1755, duque de Alba). En 1752 hizo una breve visita a España, donde obtuvo, a pesar de las conspiraciones francesas para sustituirle por Grimaldi, el ascenso a teniente general y embajador. Wall sucedió de modo sorprendente a Carvajal en 1754, tras su muerte el 8 de abril. Inmediatamente después participó en el complot contra el marqués de la Ensenada, dirigido por Huéscar y Benjamin Keene, logrando la exoneración del riojano y su destierro a Granada. Se mantendrá al frente de la administración hasta su dimisión, en 1763.

ZENÓN DE SOMODEVILLA Y BENGOCHEA (1702-1781): el marqués de la Ensenada fue un estadista y político español. Llegó a ocupar los cargos de secretario de Hacienda, Guerra y Marina e Indias. Asimismo, fue nombrado superintendente general de Rentas, lugarteniente general del Almirantazgo, secretario de Estado, notario de los reinos de España y Caballero del Toisón de Oro y de la Orden de Malta. Fue consejero de Estado durante los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III. Al ocupar el trono Fernando VI, este le nombró secretario de la reina. Propulsó la creación de la Armada española. Su gestión al frente de la Hacienda española fue muy eficaz, reformando el Catastro y refundiendo los anteriores impuestos en uno solo sobre las rentas. En otro lado, fue el principal ideólogo de la Prisión General de Gitanos, en julio de 1746. Trabajador incansable, se acercó al círculo de Farinelli, de quien se hizo amigo y con quien colaboró en la ejecución de la escuadra del Tajo. Su gran objetivo fue el de fortalecer la Marina, lo que consideraba clave para defender las colonias americanas contra los ingleses. En la base de ello estuvo al mismo tiempo su fuerza y su destitución, por ocultar al rey órdenes de guerra contra los ingleses en Belice y Campeche.

CARLOS AMBROSIO GAETANO SPÍNOLA DE LA CERDA (1696-1757): el marqués de los Balbases fue hijo de Carlos Felipe Spínola, IV duque de Sesto, duque de Venafro y de San Severino, y IV marqués de los Balbases, grande de España, y de su mujer Isabel

María de la Cerda y Aragón, de la Casa de Medinaceli. Además fue príncipe de Serravalle, caballero de la Orden del Toisón de Oro, de la Orden de Santiago y de la Orden de San Jenaro. Ejerció de caballero mayor de Isabel de Farnesio y de gentilhomme de cámara de Felipe V de España, quien lo nombró embajador extraordinario en Portugal y gran protonotario del Consejo de Italia.

LUIS IGNACIO FRANCISCO DE BORJA Y CENTELLES (1673-1740): noble y cortesano español que fue XI duque de Gandía, IX marqués de Lombay, XI conde de Oliva, III marqués de Nules, conde de Centelles, III marqués de Quirra en Cerdeña y príncipe de Esquilache. En 1722 fue designado gentilhomme del príncipe Luis, cargo que ejerció también durante el tiempo en que este fue rey. A partir de 1729 fue sumiller de corps, caballero mayor del príncipe Fernando y mayordomo mayor de su esposa, la princesa Bárbara de Braganza.

Bárbara

(Primer melólogo de la reina)

(Suena la *Sonata en re menor*, K 32, de Domenico Scarlatti)*

¡Murió Bárbara, qué horror!

¡Murió la reina, qué espanto!

Murió sin lograr más llanto que el de su mal director.

*Murió sin despertador que señalare la hora,
y quien presumió ser Flora en su Aranjuez suspirado,
fue Jezabel, que ha pagado lo que toda España llora.*

*Bárbara al fin acabó, sin conocer que acababa
ni que Dios la castigaba desde que a reinar entró,
pero se manifestó finalizando su vida
en hedeondeces comida, de los gusanos tragada
con muestras de condenada, sin señal de arrepentida.*

Soy yo la que os habla. Sí a vos. No dejéis que las palabras que escribieron en mi contra os confundan.

Mi nombre es María Bárbara de Braganza. Fui Princesa del Brasil por nacimiento y reina de España por matrimonio. Soy mujer por la gracia de Dios, que me dio todo, menos hijos. Abandoné mi querido Portugal para conseguir la paz y aprendí a amar en España, donde dejé gran parte de mi existencia y de mi alma.

Y esta que vais a leer es una de las posibles historias de mi vida.
Y de mi muerte.

PRIMERA PARTE

INFANCIA (1711-1719)

*Serenísima señora, gran Princesa del Brasil,
Por cuya hermosura abril olvida su diosa Flora;
Vengáis, señora, en buen hora la monarquía á admirar,
Adonde para adorar vuestras raras perfecciones,
Os labran los coraçones en cada pecho un altar.*

PEDRO VAZ REGO, *Armónico lazo*, 1729

El grito

*A*gua. Soy agua. Siento mis lágrimas hechas de un líquido cálido y limpio, como el fluido en que me encuentro. Poco a poco me voy convirtiendo en un río azul que limpia la sangre de todas las guerras y los restos de barro de otras vidas pasadas. Me multiplico por cada una de las grietas de este túnel oscuro que siento mi casa. Me expando por cada uno de los estuarios y afluentes que me alimentan y me hacen crecer.

Noche. Soy noche porque en la noche hay silencio e intimidad.

Ritmo. Soy ritmo constante, sencillo, ternario, profundo y grave. Me quedaría aquí todo el tiempo y todo el espacio, viviendo sin saber nada, solo siendo. Latiendo. Bebería el líquido que me invade en un ciclo eterno en forma de espiral, sin que nada ocurra, sin que llegue el fin.

Porque no hay principio ni fin. Hay una sustancia eterna que de vez en cuando se rompe con la existencia.

Luz. Soy luz al otro lado, al final del túnel. Una luz asombrosa y cálida, como el agua en que vivo, pero que no conozco y que temo. Una luz profética, prodigiosa y sugerente que posee todos los colores que no puedo ver, como un libro que incluye todas las historias, como una partitura que contiene todas las músicas posibles.

Veo una luz. No quiero ir hacia ella, pero algo tira de mi cuerpo. Siento un estruendo mientras me sumerjo en un agua transparente

que no percibo, pero que existe. Mientras muero ahogada en mi río de agua, nazco en un fluido nuevo hecho de una materia invisible. El aire entra en mis pulmones y comienzo a vivir. Grito con todas mis fuerzas.

Grito.

Capítulo 1

EL CUADERNO ESCONDIDO

Madrid, palacio del Buen Retiro, 2 de mayo de 1758

—Mi reina, ¿estáis ya preparada para el viaje? —pregunta la camarista con voz cariñosa e insistente.

—Sí, Josefa. ¿Está ya el rey en su carroza?

—Así es, mi señora. Él ya ha bajado y os espera con impaciencia.

—Pues decidle que cuando estemos en la tumba tendrá toda la eternidad para estar a mi lado —señaló la reina con ese tono irónico que desplegaba cuando los dolores de su enfermedad eran más intensos.

Aquella mañana, justo antes del amanecer, la reina Bárbara sale de sus aposentos para comenzar su viaje al Real Sitio de Aranjuez, pero justo antes de bajar las escaleras, recuerda algo y regresa a su cámara. Al volver a entrar en ella, se acerca a uno de los viejos arcones que no se habían llevado el día anterior hasta Aranjuez por petición suya. Al llegar junto a él, abre su pesada tapa de madera y dentro contempla los dos ajuares completos que ha guardado desde que llegó de Portugal. Una ropa amarilla que antaño fue blanca y que mantiene un olor rancio por los ramos de lavanda con los que ha sido perfumada hace ya casi cuarenta años. Aquellas ropas tejidas a mano para dos niños, que, de haber nacido, se habrían llamado João Fernando y

María Ana. Vestidos que se pudren en ese arcón como cuerpos en una tumba. Igual que desde hace poco se pudren las entrañas de la reina.

Bárbara no puede evitar acariciar aquellas telas como si lo hiciera con la piel de los niños que las habrían vestido de haber venido a este mundo. Después hunde su mano en el fondo del baúl y de allí extrae un cuaderno con tapas de piel y hojas sueltas en su interior. Lo abre y lee su primera página, en la que debajo de su firma está escrito *Salve Regina in la minore a due voci, canto e alto con l'organo*. Y sonríe con cierta melancolía mientras lo aprieta contra su pecho cruzando sus manos y abandona la sala llevándose consigo para comenzar su último viaje.

—Mi señora, el rey me dice que os diga que...

—Ya bajo, Josefa. Decidle al rey que ya bajo.

EL ÚLTIMO VIAJE A ARANJUEZ

Madrid, palacio del Buen Retiro, 2 de mayo de 1758

Hoy la corte viaja a Aranjuez. En una mañana fresca de mayo que anuncia el calor del sol, tiene lugar una coreografía de personas, carrozas y caballos que se ordenan según un protocolo infalible. Un día antes del viaje, los equipajes se han anticipado a la comitiva real para irse acomodando a la nueva residencia. Pero hoy es importante hacerlo todo con precisión quirúrgica, porque el rey debe seguir gobernando allá donde esté. Junto a los reyes, como una fila de hormigas multicolor, viajan nobles, consejeros, sirvientes, músicos y todos aquellos que sirven a la Corona para que nada les falte.

En algunas ocasiones, el cortejo decide cruzar por el centro de Madrid antes de tomar su camino hasta el Real Sitio, aunque el viaje se alargue por horas. Cuando lo hacen, los reyes suelen parar en algún monasterio para asistir a misa y saludar a algún que otro noble o familiar. El caso es mostrar la pompa cortesana como modelo de opulencia, pero sin molestar al pueblo más humilde. Incluso alguna que otra obra benéfica a un convento se convierte en un acontecimiento que mejora la imagen de los soberanos ante una población tan alegre como pobre. Pero, en esta ocasión, los reyes saben que la situación no

es la más propicia para cruzar una ciudad en la que se respiran aires lejanos de rebelión. Después de los preparativos y debido al estado de salud de la reina, el mayordomo mayor da orden de partir hasta Aranjuez. A la llamada de las cornetas, la comitiva abandona temprano el palacio del Buen Retiro para alcanzar la puerta de Atocha.

El paseo del Prado de San Jerónimo es un lugar hermoso para los madrileños, que en días festivos van allí simplemente a observar. Antigüamente, era un concurrido campo de galanterías e intrigas amorosas, de espadachines que medían su hombría entre lances sangrientos. Pero, en estos días, el paseo se adorna con la elegancia del mito, sus fuentes y con el refresco de la vegetación. Caminando por él, las damas lucen carne de escote y ocultan pudorosamente sus pies.

Y si algo destaca en el paseo son los coches. Por él transcurren cientos de carrozas, berlinas de dos mulas y carros con atalaje de varas y limoneras; y jinetes a lomos de lustrosos caballos con buenos aderezos; y muchos lacayos que negocian para no chocar con otros vehículos. Coches de cuatro pasajeros que viajan con las piernas encogidas y abochornados por la estrechez y el calor. Dentro de los carruajes hablan por señas con las damas mientras alzan las posaderas para hacerse cortesías. Mozos de retirada que pasean para ser vistos y demostrar que vienen del arroyo. Y el pueblo humilde, con sus capas y mantillas, disfruta tomando el fresco. Es difícil andar sin tropezar con eclesiásticos, militares, fregonas, majas, manolas o petimetres que salen del Retiro para ocupar los bancos de los alrededores. En un pequeño recoveco, un majo mira a los ojos a su dama, y blandiendo una guitarrilla le canta unas coplas:

*Cuando vengo a Madrid por mi trabajo,
el Prado calle arriba y hacia abajo, oteo, vuelo y miro su entrecejo.
Lo primero que en él se hace patente es un descuido del abril florido
que sirve de dosel a toda gente de verdes ramos, natural tejido.*

Entre ruido y músicas, dejando a un lado el hospital general, la comitiva se desvía al suroeste, abandonando un paseo adornado con delicias y árboles en una simetría que trata de ordenar la conducta de una población impredecible. Rodean la ciudad, para llegar hasta la puerta de Lavapiés, al pie del camino de Valencia hasta alcanzar la

puerta de Toledo. Desde esta salida toman el camino de Caramanchel, cruzando el río Manzanares, justo en el lugar en que sus aguas acarician Madrid por el sur. Pasado el extramuros, la comitiva se sumerge en el camino nuevo, un trayecto de ruedas que les llevará hasta Aranjuez en una jornada de siete leguas y tres postas: la primera, cruzando Villaverde, llegará después de dos leguas a Getafe. La segunda, tras dos leguas más, parará en Valdemoro, donde harán mediodía para comer y descansar. Y por último, recorrerán las tres leguas finales para llegar al palacio de Aranjuez, ya con la puesta de sol.

En la carroza real, encabezando la comitiva, se encuentra el rey Fernando, que esta vez viaja solo. La reina Bárbara ha decidido que es mejor estar sola en la carroza de respeto, detrás de él, para no molestarle. Está enferma, y, en lugar de conversar con Fernando de algo banal, prefiere la intimidad, el verdadero tesoro de una reina, incluso a cambio del dolor y del miedo. Ella ya no duerme bien. Se encuentra en la mitad de sus cuarenta y seis años, y su asma y obesidad no ayudan mucho, a lo que se suman sus constantes ataques de tos que vienen produciéndose desde hace unos años. Lo peor de todo son los tumores, unos demonios negros y malolientes que se reproducen en sus ingles y otros, más inquietantes, por ser internos que crecen en sus entrañas sin saber dónde. Un vientre incapaz de iluminar un heredero para la Corona de España que habría prolongado la sangre de María Luisa de Saboya y la suya propia de los Braganza.

Alrededor de sus majestades en cada jornada viajan siempre los principales gentilhombres y ayudas de cámara de la corte. Les acompañan todos los demás al servicio de las casas del rey y la reina, de la Real Cámara, de la Real Capilla y de las caballerizas. La reina Bárbara recibe la inestimable ayuda de sus camaristas, doña Josefa y Francisca Gama; su azafata María Ventura; y otras como la joven Ignacia Aspejo, Francisca Álaba, Manuela de Castro o la marquesa de Bondand Real. Y esperando en Aranjuez a todo este ejército regio de nobles, músicos y sirvientes, se halla el director de fiestas reales y criado de su majestad Fernando VI de España. Se trata de don Carlo Broschi, más conocido como Farinelli, que hace mucho que dejó de cantar en público para dirigir el teatro de la vida en la corte.

Ya en camino, el sonido de la carroza en la que viaja Bárbara interpreta una composición obsesiva. Un ritmo que se convierte en su

cerebro en una melodía compuesta por los recuerdos de alegrías pasadas. La reina está ensimismada dejándose llevar por el traqueteo del carro, que como un «Fandango»* hipnótico, le hace viajar en el tiempo. Qué pocas veces está verdaderamente sola. Qué poco puede recordar el olor del agua dulce del Tajo mezclada con la sal del Atlántico. Aquella tormenta que la trajo a este mundo.

EL RAYO DE LA VIDA

Lisboa, 4 de diciembre de 1711

Cuentan en Lisboa que, a comienzos de diciembre del año de 1711, ocurrió algo en su suave invierno. Avanzada la tarde de su cuarto día, del fondo oscuro del océano llegó un dragón en forma de tormenta que dejó en la ciudad las cicatrices de algún incendio provocado por sus rayos. Quizás sea solo leyenda, pero tal día como este, muchos años antes, había nacido una inocente niña turca a la que torturaron cortándole los senos por querer ser cristiana. Su delator fue su padre Dióscoro, que permitió que ataran a su Bárbara, la flagelaran y la desgarraran con rastrillos, quemándola después con hierros candentes. Sería él mismo quien cortaría su cabeza inocente en una montaña. Los dioses no retiraron su cuchillo. Pero en el momento en que Dióscoro profanaba su inocencia, un rayo atravesó el cielo incendiando a su bárbaro padre.

*Serpiente venenosa, falsa, astuta, falaz, vil, engañosa,
hoy rinde tu cabeza al soberano pie de una belleza,
a quien tú con vil aliento helado
no has podido tocar, ni has contagiado.
Pues por ser de los hombres dulce vida
sin mancha de pecado es concebida.*

Tal día nació otra niña que no tendría miedo a los truenos. Buscaba su primera bocanada de oxígeno sin emitir ningún sonido en un aire cargado de electricidad. Y en el justo momento en que salía de las entrañas de su madre, un rayo que provenía de la mano de Zeus esta-

llaba contra el estuario del Tajo, iluminando toda Lisboa. Entonces, aquella niña sin nombre sintió su primera vibración, un estruendo que la empujará a vivir, abandonando el agua en que flotaba para enfrentarse a su destino en un mundo incómodo de aire transparente. Sus cuerdas vocales se juntaron por primera vez y de sus pulmones salió un llanto en forma de grito que se mezcló con el sonido del trueno.

Fue su primera música.

Todo se había hecho según la costumbre. Después de las tres faltas de la reina María Ana, se asumió el alumbramiento, lo que llevó a la corte a preparar los ajuares. Por un lado, la ropa blanca de cama, la de cuna, las mantillas para abrigar al bebé, los colchones, colchas y almohadas, e incluso las cortinas para ventanas y puertas. Los objetos para la higiene y el servicio del ama de cría eran de plata y todo estaba custodiado por el guardajoyas de palacio. De oro eran los dijes con piedras preciosas engarzadas para el bebé, que llevará al cuello cuando sea menester mostrarlo. Siguiendo la costumbre española, la habitación estaba llena de amuletos que el rey João había mandado recopilar para el esperado varón. No era brujería, sino religión, y las comadronas habían jurado no valerse de magias de ningún tipo, pero alguna cantó:

*Vuélvete, Bartolomé, a tu casa, a tu mesón.
Te vengo de dar un don que no merecía varón.
En la casa donde asistes, no caerá piedra ni rayo,
ni morirá mujer de parto, ni criatura de espanto.*

En las antecámaras anexas a la de la reina se encontraban todos los nobles de Portugal con sus esposas para dar fe de la nueva venida. Allí esperaban los altos cargos de la Iglesia y del ejército para hacerse eco del nacimiento de quien iba a heredar el principado del Brasil. Pero acabaron decepcionados al ver que no fue un varón, sino una princesa. Una niña que nació como duquesa de Braganza, de Barcelos, marquesa de Vila Viçosa, condesa de Ourém, de Arraiolos y de Neiva, y que lo seguirá siendo hasta que nazca un varón que le quite esos títulos.

La reina María Ana, desfallecida por el esfuerzo del parto, lloró de felicidad. No había más testigos del alumbramiento que el servicio

que la asistió. Después, sonriendo con una leve mueca de dolor, utilizó sus pocas fuerzas para pedir a las comadronas reales que pusieran al bebé en sus brazos, y María Ana creyó reconocer en su piel el perfume del Tajo. La pequeña Bárbara lloraba sin consuelo porque estaba más feliz en el agua. María Ana acercó sus labios al cráneo de la niña y besó su frente mientras musitaba «Mit vrouden quam der Engel»,* una vieja melodía que su madre le había cantado a su vez, en sus primeros años en Linz.

El ángel descendió de lo alto lleno de alegría.

Dijo: «Dios te saluda, noble doncella, que eres tan pura por dentro.

El Espíritu Santo te hace saber que recibirás al Hijo de Dios».

Les anunció esto con alegría.

Bárbara dejó de llorar como si ya conociera esa canción, como si supiera que esa dulce medicina que acompañaba el sonido del trueno iba a ser una de las cosas más importantes a lo largo de su vida. Nació así una infanta a la que sus padres llamarían María Magdalena Bárbara Xaviera Leonor Teresa Antonia Josefa de Bragança. Y entre todos sus nombres perdurarían el de la Virgen y el de la santa del día en que nació. Quiso también el destino que su bárbaro nombre fuera sinónimo de «extranjera», como un presagio de lo que tendría que vivir. Después de escuchar aquella canción, la niña se calmó y volvió a los cálidos y mullidos brazos de su nodriza.

EL EXORCISMO DEL AGUA

Lisboa, 18 de diciembre de 1711

Como el destino caprichoso va puliendo las vidas humanas, quiso que la recién nacida fuera bautizada un día de Nuestra Señora de la Esperanza, la fiesta de la expectación del parto. Aquel 18 de diciembre, Bárbara tomó su nombre tras rechazar al diablo por primera vez en el pórtico de la capilla real. El obispo de Lisboa estableció las primeras fórmulas del exorcismo y soplando tres veces a la pequeña infanta, increpó al demonio:

—*Exi ab ea, immunde spiritus, et da locum Spiritui Sancto Paraclito.*

Luego, entre cruces en la frente y llantos de molestia, el prelado la exorcizó aplicando en su boca la sal de la sabiduría. Después, mientras todos rezaban un credo y un paternóster, puso el extremo izquierdo de la estola morada de la penitencia sobre la pequeña y la condujo a la pila para recibir allí la gracia divina. Por si no era suficiente, el mitrado conjuró otra vez al demonio tocando con su saliva las orejas y la nariz de la niña, a la que preguntó si renunciaba a Satanás, a sus obras y a sus pompas, antes de ungir su pecho y su espalda con el óleo sagrado.

—*Ego te linio oleo salutis in Christo Jesu Domino nostro, ut habeas vitam æternam.*

La estola morada dio paso a la blanca de la pureza. Entraron todos en el presbiterio y, portando a la infanta, los padrinos llegaron hasta la pila, donde escucharon sus últimas preguntas y recibieron su bautismo. Tomaron a Bárbara, que fue ungida por tres veces con agua bendita en forma de cruz, con la cabeza desnuda y la cara hacia abajo.

—*Ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

La infanta recibió así un agua fría que la hizo llorar, un líquido purificador que por mandato de su madre había sido recogido del río Tajo el día de su nacimiento y guardado en un frasco de perfume de cristal de Bohemia. El recipiente había sido utilizado por la familia de la reina y su último perfume se había macerado de una mezcla de clavo, nuez moscada, áloe, jazmín, naranja y almizcle. El agua bendita que contenía se impregnó de estas fragancias que pasaron a la cabeza de la niña, esparciendo en ella un olor que se mezcló con el incienso. Pero aquella agua llevaba algo más, la electricidad de aquel día de tormenta.

Contemplando la escena del bautizo, en una posición privilegiada, se encontraba el padrino de la infanta, su tío carnal don Francisco de Braganza, con quien el obispo había dialogado al principio del ritual y que respondió a todas las preguntas en nombre de su sobrina. Quiso la suerte que Bárbara no llegara a heredar los instintos de su tío, un cazador que disparaba con desprecio absoluto a aquellos que se acercaran a alguna de las ventanas del palacio o desde los barcos que descansaban en los embarcaderos del Tajo.

—*Quid petis ab Ecclesia Dei?* —preguntó el celebrante del ritual.

—*Fidem* —respondió el padrino, mientras el prelado le recordaba que por encima de todas las cosas debía amar al prójimo. Fe. Nada más lejos.

El aire de la Capilla Real del palacio da Ribeira estaba perfumado también por las melodías del «Te Deum»,* que embriagaban a un joven João V, de veintidós años, y a su esposa la reina María Ana, de veintiocho. Ambos, cogiendo sus manos, contemplaban a su Bárbara con orgullo y alivio piadoso por dos razones: la primera, que su matrimonio era fértil; y la segunda, que con suerte podrían dar a la corte un heredero varón. Bárbara había adquirido por derecho propio un lugar en el cielo.

—*Te Deum laudamus* —masculló el prelado, desafinando como el mismo demonio.

—*Te Dominum confitemur* —respondieron todos con algo más de concierto, ayudando al prelado a terminar armónicamente su canto.

MÚSICAS Y MONJAS

En el palacio da Ribeira se escuchaba música todos los días. La reina María Ana gustaba de tañer composiciones de alemanes y austríacos, pero con el tiempo había aprendido otras de maestros portugueses. Por sus dedos pasaron las notas de Heliodoro de Paiva, de Manoel Rodrigues Coelho, de Diogo Alvarado; de Diogo da Conceição, de Pedro de Araujo. María Ana tenía tantos compromisos que con frecuencia no le permitían atender a su hija, para eso estaba todo el personal de palacio. De vez en cuando, pedía a sus ayas que trajeran a su pequeña Bárbara al salón de música donde interpretaba cualquier pieza en alguno de sus clavicordios holandeses.

María Ana de Austria era una mujer sensible, devota y educada en un ambiente artístico y musical, que había llegado a Lisboa entre fastos, un mes de octubre de 1708. Su tez redondeada, sus ojos grandes, saltones e inteligentes, su nariz recta y un pequeño hoyuelo en su barbilla se apoyaban en un cuello austriaco, robusto y elegante. Era

hija de Leopoldo I y hermana de dos emperadores, José I y Carlos VI. Y lo más importante, cambió la aburrida vida de la corte de João V heredada de tiempos anteriores. Se había traído consigo de Austria el poder del arte y el disfrute de los placeres mundanos.

El padre de Bárbara, João V el Magnánimo, aportaría a la pequeña su gusto por lo francés, hasta tal punto que sería conocido entre los portugueses como el Rey Sol de Portugal. Poseía una expresión galante acompañada de una mirada profunda de ojos oscuros que reposaban bajo los arcos curvos de sus finas cejas. Por debajo se encontraban una nariz recta como la costa norte de Lisboa y una boca pequeña como el estuario del Tajo. El resto lo hicieron sus pelucas francesas, su madre y su educación jesuita de valores cristianos. De aquellos próceres recibió su fervor por la ciudad de Roma.

Pero había en él otro tipo de amor religioso, ya que con frecuencia iba plantando semillas de hijos bastardos, que se añadían a la familia sin resultar invisibles al chismorreó del pueblo. Lo más escandaloso era lo que contaban algunas viejas de la ciudad sobre su pasión por las monjas. Freirático, le llamaban los más leídos. Al otro lado de tornos, dulces de naranja, rejas y celosías, había un rey al que se le abrían puertas y piernas de todas las novicias a las que deseara. Gustaba de yacer con jóvenes monjitas en los conventos de Lisboa, hijas de nobles en edad de merecer, que habían sido recluidas en monasterios para recaudar sus dotes.

En el palacio, lejana a estos asuntos, la reina jugaba con su clavicordio favorito que se había traído de Viena. Tañía el *Tiento a 5 sobre «Con qué la lavaré»*,* de Antonio Carreira, que acababa de aprender. En la cuna, su hija balbuceaba con su voz blanca todo tipo de sonidos, como tratando de imitar una música del éter, de las esferas. Bárbara, todavía sin conocer las palabras, no sabía qué nombre darle a eso que sentía como un lenguaje desconocido para su cerebro immaculado.

La música se materializaba en su cerebro como una sinestesia de color y sonido. Sabores sonoros que se mezclaban en su cabeza con los aromas de las cocinas de palacio y que eran más ricos que la leche de matrona. Mirando al techo con sus ojos abiertos y moviendo los brazos como si pintara un cuadro con los colores que escuchaba, la niña reaccionaba con risas ante las tonalidades mayores, con sereni-

dad ante las obras en modo menor y solo se quedaba en silencio cuando la música producía varias disonancias seguidas que le recordaban al trueno. Como las ruedas de un carro. Trueno. Trono. Treno...

CAMINO DE CARAMANCHEL

En la carroza de la reina, 2 de mayo de 1758

Bárbara se despierta escuchando el sonido lejano de una tormenta. Abre los ojos lentamente y los traqueteos le recuerdan el dolor y los tumores en sus ingles. Un viaje duro para una reina cansada y enferma, aunque se haga solo en una jornada. El ventanuco entreabierto de la puerta le permite fijar su mirada en una bandada de cientos de pájaros que vuelan jugando con los remolinos de la tormenta a su derecha. Y eso no parece un buen augurio.

La reina conoce las tormentas, huele el aire electrificado y sabe distinguir cuándo los truenos lejanos caen en la tierra, en algún árbol o sobre el agua. Y la que les acompaña de lejos al norte es la típica que nace cerca de El Escorial, esa fría puerta del infierno que tanto mal ha hecho a su salud. Allí había despachado de forma discreta con consejeros y embajadores sin que nadie se percatara de ello. En España, pocos conocían que después de cada despacho, ella filtraba la información que debía llegar hasta el rey, no fuera que su querido Fernando, siguiendo los pasos de Felipe, entrara en melancolía profunda. O algo peor...

Taedet animam meam vitae meae, piensa la reina en la carroza de respeto recordando en latín las palabras de Job, el santo de la paciencia, mientras trataba de olvidarse de sus dolores. *Dimittam adversum me eloquium meum, loquar in amaritudine animae meae*. Camino de Aranjuez, y en una dolorosa intimidad, una reina hastiada de su vida da rienda suelta a su queja hablando con la amargura de su alma. Le habla cara a cara a Dios y le pide su perdón. Quiere entender por qué le ha negado la obra de sus manos, un heredero al trono, un varón y una niña que nunca pudieron venir al mundo. No le pidió mucho. Ella, que había nacido del agua, estaba seca por dentro, y esa sequedad se había convertido en un dolor pro-

fundo. Ella, que perdió su derecho a reinar por la venida al mundo de su hermano Pedro, jamás habría sido reina de no haberse casado con su querido Fernando.

Y, sobre todo, necesita saber por qué Dios la juzga como mujer con ojos de hombre, si ni sus días ni sus años son los de un mortal. Dios sabe que ella no es culpable por ser infértil y que nada ni nadie puede librarla del alcance de su mano. *Et scias, quia nihil impium fecerim, cum sit nemo, qui de manu tua possit eruere.*

La reina abre un pequeño compartimento de la carroza y saca de él su pequeño libro de las cartas de San Francisco de Sales. Dentro lleva escondido un papel que ha extraído de su colección de textos que la critican y a los que ya se ha acostumbrado. Casi todos la divierten, algunos por su carácter más irónico y directo, como el que reza:

*Fea, vieja y portuguesa...
¡Chúpate esa!*

Pero el que lleva en su libro de oración es diferente, un pequeño trozo de papel en pergamino, que le habían enviado por orden de la superiora del convento de las Salesas Reales. Le ofende profundamente porque ataca a su libertad de elección sobre su lugar de descanso eterno. Bárbara lo lee nuevamente mientras frota el papel intentando difuminar las palabras escritas en él. Es como si quisiera que las letras cambien su orden para no sentir el dolor que representan: el rechazo de sus súbditos.

*Bárbaro edificio, bárbara renta,
bárbaro gasto, bárbara reina.*

La reina imagina la sonrisa fría de la viuda Isabel, en su retiro de Segovia. ¿Quién sabe si fue ella misma la que lo mandó escribir y colocar en la reja del convento? Sabe que si hubiera podido, Isabel le habría quitado el derecho a morir como una reina, y no como una infanta. Por eso, Bárbara mandó construir las Salesas, para recoger su espíritu a salvo de propios y extraños. Un lugar en el que su gordo cuerpo pudiera pudrirse tranquilamente y adelgazar en soledad, quién sabe si al lado de su esposo, eso el tiempo lo dirá.

Entonces, para entretenerse de sus dolores, la reina piensa que no quiere estar sola. Se acuerda de alguien, asoma su rostro por el ventanuco de la carroza y le dice algo a uno de los soldados de la escolta.

—¡Mi reina, no os he oído bien!, ¿qué decís? —pregunta el soldado.

—¡Digo, que paréis la carroza tan pronto como podáis y le digáis a Blas Carruez que me acompañe un rato!